

PQ 6171

.A2

B5

V. 27

BIBLIOTECA

AUTORES ESPAÑOLES

DESCRIPCIÓN DE LA FORMACIÓN DEL LENGUAJE EN NUESTROS DIAS

ESCRITURA DEL SIGLO XVI



SAN JUAN DE LA CRUZ EN LA CIUDAD DE MEDINA DEL CAMPO

BIBLIOTECA



M. RIVADENEYRA - EDITOR - MADRID

JUICIOS CRITICOS

DE LOS

AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

VIDA Y JUICIO CRITICO DEL VENERABLE PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.

CUENTAN de Gonzalo de Yepes que, estando de paso en Hontiveros para la villa de Medina, acertó á ver una jóven de singular recato y hermosura, por nombre Catalina Alvarez, de la cual quedó por momentos tan enamorado, que, sin ser parte las muchas y poderosas razones que en contra de su proyecto se ofrecian, resolvió pedirla en matrimonio y no salió del pueblo sin haberla desposado. Atrájose con este hecho el desprecio y la cólera de sus padres y parientes, que fundaban en él mayores esperanzas; mas ni aun así pudo arrepentirse nunca de su pensamiento, que fué de dia en dia para él una inagotable fuente de paz y de ventura. Olvidó los dulces recuerdos de Yepes, su patria; la suntuosa grandeza de Toledo, donde habia vivido en la abundancia muchos años; la agitacion de la próxima Medina del Campo, tan justamente celebrada por sus ricas ferias; y á poco prefirió á todo la sosegada villa de su esposa, donde solo el trabajo de sus manos podia procurarle lo necesario para su existencia. Tuvo de su amada Catalina tres hijos varones, uno de ellos JUAN, que es el que ha de ser objeto de esta ligerisima reseña.

Era aun muy niño JUAN DE YEPES, cuando pasó á Medina con su desgraciada madre, que, hallándose viuda y falta de recursos, creyó poder vivir y educar con mas facilidad á sus hijos en una villa donde afluían tantos y tan ricos forasteros, atraídos por la actividad de un tráfico incesante. Simpático, dulce, extremadamente benévolo con todos los que le rodeaban, no tardó en dejar ver que habia nacido solo para el ejercicio de esa caridad santa y sublime que sube concentrada hasta el seno de Dios, y baja, distribuida en rayos, á todas las criaturas. No tenia aun bien desarrollada su razon, y hablaba ya de Jesucristo y de la Virgen con una unción que conmovia y arrebatava hasta á su madre y sus hermanos; no contaba aun cinco años, é imploraba ya en todos sus actos el favor de esos seres celestiales. «Un dia, referia mas tarde él mismo, estaba junto á un pozo sin brocal con otros niños. Caí en el calor del juego dentro del pozo, y obtuve el auxilio de la Virgen. Se me apareció, me dió la mano y me sostuvo sobre las aguas hasta que vinieron por mí los que tuvieron noticia de mi desventura por mis asustados compañeros. Temprano, muy temprano le debí yo á la Virgen todo el amor de que es capaz mi alma.»

Quería su madre, al verle mozo, consagrarle á la ciencia; mas, sola y sin mas renta que la de sus brazos, tenia apenas con qué mantenerle, cuanto menos con qué instruirle. Habló por él á un caballero de rara virtud que habia á la sazón en Medina, procuró interesarle pintándole la docilidad de su hijo, le suplicó, le instó, y alcanzó por fin la realizacion de sus deseos, logrando que le tomara bajo su proteccion y le hiciera estudiar humanidades. Era precisamente este caballero, llamado Alonso Alvarez de Toledo, hombre de tanta piedad y de tan ardiente celo por la causa

de los pobres, que, llegando á considerar como injustamente poseídas las riquezas de que no se hacia partícipes á los que vivian en la escasez y en la miseria, se habia retirado con ellas á un hospital, donde las consagraba con su persona á acallar la voz del dolor y aliviar todo género de padecimientos. Prendóse JUAN de tanta y tan singular caridad, se entusiasmó, se enfervorizó, trabajó por vencer en abnegacion á su mismo patrono, y se granjeó pronto la mayor ternura y el mayor cariño. No fueron á poco los dos cristianos protegido y protector: fueron padre é hijo, fueron una sola persona, fueron dos cuerpos y un alma, fueron un mismo amor, fueron una misma vida. No proponia el uno sacrificio que el otro no aceptase, no sufría el uno que el otro no sintiese lacerado su corazon ni rociase con sus lágrimas las heridas abiertas por la mano de Dios ó la ingratitud del mundo. Los pobres los miraban á uno y á otro como ángeles bajados del cielo para suavizar sus horas de amargura; y no bien sentian el estertor de la agonía, cuando deseaban solo verles, sentir su mano sobre la frente, exhalar en sus brazos los últimos suspiros.

Dedicaba JUAN los escasos ratos de ocio que le dejaba el cuidado de los enfermos á la oracion y el estudio. Dirigia, sobre todo, sus preces á la Virgen. ¡Con qué fervor le hablaba! Con qué inefable suavidad volvía hacia ella sus humedecidos ojos! Estaba un dia de rodillas ante una imágen, cuando de repente creyó que la oía algunas palabras y le llamaba á ejercer las duras reglas de la orden del Cármen bajo las bóvedas del claustro. Se levantó como inspirado, juró renunciar para en adelante al mundo, y «os obedeceré, exclamó, depondré en vuestras aras mi voluntad, mi porvenir, mi vida». Arrobado, extático, fuera de sí, corrió luego á los brazos de Alonso Alvarez, para comunicarle su vision y sus intentos: le manifestó cuán incompatible era ya el amor que le tenia con el que debía al cielo, le rogó con el mayor interés que favoreciera sus deseos, le movió con rendidas súplicas á que se prestase él mismo á levantar entre los dos los muros de un convento. «Voy á dejaros, le dijo, mas no por otro hombre, sino por nuestra comun reina y soberana, por la Virgen, por esa Virgen sin mancilla, tesoro de todo amor, manantial de toda belleza, luz pura de todo espíritu que desea encontrar el camino de la perfeccion entre las tinieblas de la vida. Habeis sido para mí un padre; sedlo desde ahora para mi pobre madre y para mis hermanos: yo no tengo ya mas padre que Dios, mas madre que María, mas hermanos que los que han sabido aguardar entre la oracion y la penitencia la callada sombra de la muerte.»

Satisfizo su vocacion, entrando en el convento de carmelitas de la misma villa de Medina, donde pasó el noviciado, dedicándose con tanto ardor al estudio de la filosofia y mezclando con tan acendrada virtud una aplicacion tan constante é infatigable, que la comunidad no cesaba de aplaudirle ni de mirarle como una de las futuras lumbreras de una orden que habia entrado ya en su período de decadencia y amenazaba llegar á una completa ruina. Impuso, cautivó, y fue enviado poco después de su profesion al colegio que tenian los mismos carmelitas en la universidad de Salamanca, donde cursó teología, no solo satisfaciendo, sino hasta excediendo las esperanzas de sus maestros. Resolvió con una claridad de juicio que parecia increíble las mas altas y difíciles cuestiones; comprendió todo el valor de los principios sobre que descansaban los conocimientos de su época, y dedujo una por una hasta las mas remotas consecuencias; distinguió con admirable precision los elementos generadores de los elementos secundarios, y dominó la ciencia, abarcándola en su unidad y en su conjunto. Tanto talento, tan rápidos progresos, tanta fuerza de intuicion y de estudio bastaban ya para atraerle la admiracion y el respeto de sus discípulos; pero ¡cuánto mas no habian de atraérselos todas estas prendas, acompañadas de una conducta ejemplar, de una severidad de costumbres casi exagerada, de una abnegacion y una humildad que rayaban en heroismo! No se contentó, en punto á virtud, con ser el primero entre los correligionarios de su siglo; evocó las sombras de los primeros fundadores y se los propuso por modelo. Excitó en su favor un verdadero entusiasmo, y á la verdad, para las ideas de aquellos tiempos, nada inmerecido.

Regresó á Medina después de concluidos sus estudios; mas no ya con ánimo de permanecer en el convento, sino con el de trocar su orden por la de san Bruno y trasladarse á una cartuja. Enemigo decidido del mundo, con el cual apenas le unia lazo alguno, hubiera realizado á no tardar su nuevo pensamiento, si una circunstancia imprevista no hubiera venido á abrirle dentro del círculo de su mismo instituto un campo en que pudiese ejercitar ampliamente las fuerzas de su espíritu y encontrar los trabajos que para mayor mortificacion de su cuerpo y honra de Dios buscaba. Vivía por aquel tiempo en Avila, ciudad no muy apartada de Medina, una mujer de gran corazon y elevado entendimiento, que, además de profesar la misma orden, ardía en el mis-

mo amor á Jesucristo y procuraba, para tambien hallarle, seguir el camino de la penitencia. Habia observado esta singular mujer, en los años que llevaba de profesion, que no solo dejaban de guardarse con el debido rigor las reglas prescritas por los fundadores, sino que hasta eran tenidas en menosprecio y buscadas con un afán punible el lujo y el regalo. Viólo con malos ojos, no pudo en su conciencia pasar por tanta degradacion, y concibió el plan de una reforma, que llevó á cabo con una firmeza de carácter poco comun en una mujer, á quien de ordinario turban los mas ligeros contratiempos. Propúsose nada menos que restituir á su primitiva pureza, no ya simplemente la disciplina seguida en su convento, sino tambien hasta la seguida por todos los monjes y frailes de la orden: cosa tan erizada de dificultades que parece hasta imposible que haya cabido en pensamiento de mujer el intentarla. Necesitaba para empezar con algun éxito su obra, como no podia menos de comprender en su buen juicio, de varones que secundasen lealmente sus esfuerzos; así que apenas oyó hablar de JUAN, cuya fama iba ya extendiéndose fuera del estrecho recinto de la universidad de Salamanca, pasó á Medina con objeto de comunicarle su proyecto é interesarle en favor de la reforma.

Era esa extraordinaria mujer la misma que hoy venera la Iglesia con el nombre de santa Teresa de Jesus. Vióla JUAN DE YEPES, la oyó, y se sintió lleno de nuevo fervor y generoso aliento. Insistió al pronto en la idea de pasar á una cartuja; mas luego, temiendo que no pereciese en flor tan bello pensamiento, «disponed de mi inutilidad, dijo á la Santa; reconozco en vos la imágen de esa Virgen á quien tanto adoro, y estoy resuelto á compartir con vos las fatigas y peligros que tan de cerca os amenazan. Sí, nuestra orden está viciada: la soledad, la penitencia, la oracion no es lo que mas reina en nuestros claustros. Restaurarla, volverla á los hermosos dias de nuestros fundadores, ¿qué puede haber ya que mejor parezca á los ojos del Señor ni á los de su santa Madre? ¿Quién puede, por otra parte, haberos inspirado tan sublime idea sino la misma Virgen? Seguid y no desmayeis jamás; soy vuestro siervo, y aguardo ya con impaciencia vuestras órdenes.»

Tenian los dos talento y fe: no tardaron en comprenderse ni en estar animados de unos mismos deseos y unos mismos sentimientos. Se unieron, se identificaron, constituyeron los dos un solo ser consagrado por entero á la virtud y al sacrificio. ¡Qué de sábias y fervorosas pláticas no tuvieron en adelante lugar entre esas dos almas, apenas manchadas por los impuros halitos del mundo! Cuéntase que se comunicaban los pensamientos mas recónditos, que se hablaban siempre con la misma unción y se dirigian mutuamente palabras de consuelo. Conversaban no pocas veces sobre asuntos teológicos; ¡ay! exclaman al referirlo sus cronistas, ¡quién pudiera entonces oírlos, iluminados ambos por rayos de pura luz, que bajaban desde el emporio á circundar su frente! Ocupábanse un dia en el misterio de la Trinidad, y entraron los dos en éxtasis. ¡Qué cuadro! La Santa estaba arrobada y llena de claridad celeste; JUAN á la otra parte de la reja del locutorio como despojado de ese manto carnal que encarcelaba su alma.

Empezó JUAN DE YEPES sus trabajos para la reforma de su orden el dia 30 de noviembre de 1568, en que llegó al convento de Duruelo. Conocidos ya en este claustro, por los nuevos monjes que iban á constituirlo, su acendrada virtud y claro ingenio, no solo fué recibido con deferencia, ¡fué acogido con entusiasmo y con respeto. Habló á la comunidad, puso en contraste los vicios de los presentes con la caridad y abnegacion de los que establecieron la Orden, y manifestó la necesidad de volver al rigor de aquellos primeros tiempos, si no se pretendia que viniesen á ser al fin moradas de placer las que fueron fundadas para castigar la carne por medio de tormentos. Descalzó al punto sus piés, buscó la celda mas solitaria y triste, oró, ayunó, laceró su cuerpo, elevóse, á fuerza de depurar su alma, hasta el trono de Dios, y movió á casi todos los correligionarios que con él vivían á que dejaran un camino por donde podían caminar, sin sentirlo, á la perpetua noche del espíritu. Mostróles á todos una fe sin límites, una esperanza inconsumible, una caridad tan ardiente, que parecia estar de continuo investigando los dolores ajenos para cargarlos sobre sus hombros y hacerse con aquello mas agradable al cielo. No descansaba ni de noche ni de dia: cuando no le ocupaba la oracion, le embargaba la contemplacion de lo divino; cuando ni la oracion ni la contemplacion, la vigilancia sobre sus subordinados; cuando no la vigilancia de sus subordinados, el estudio. Leía, escribía, platicaba, oía, resolvía: prestaba á todo atencion menos á su bienestar y á su reposo.

Los frailes de Duruelo estaban poco menos que absortos; no comprendian la infatigable actividad de aquel espíritu. Era JUAN DE YEPES, á quien llamaremos ya JUAN DE LA CRUZ por no llevar otro nombre desde que fué profeso, bajo de estatura, delgado de cuerpo, pálido de rostro, débil

de constitucion, enfermizo al parecer, endeble; y se admiraban, como no podian menos de admirarse, de que fuese capaz de resistir tanta fatiga. Veíanlo, sin embargo, y se animaban á imitarle; tanto, que á la vuelta de meses no parecia ya aquella comunidad sino identificada con su pensamiento y el de santa Teresa. Hicieron mas que aceptar la reforma: la llevaron hasta donde podia ser llevada, la llevaron hasta donde no se atrevian á esperar ni los mismos que la propusieron.

Visto el buen éxito obtenido en Duruelo, creció hasta tal punto el fervor de JUAN DE LA CRUZ en llevar á cabo la reforma, que no empleaba ya meses, sino dias, para restituir en muchos conventos á su primitiva pureza la regla de la Orden. Trasládose de Duruelo á Pastrana, de Pastrana á Alcalá, y de Alcalá al reino de Granada, donde consumió en la empresa los años mas importantes de su vida. Atraíase generalmente los ánimos con lo irreprensible de su conducta y la eficacia de su palabra; mas no por esto dejó de sufrir disgustos y hallar dificultades que hubiesen bastado á quebrantar voluntades poco menos firmes que la suya. Alzábase contra él, aquí la envidia y el orgullo de los que mas se creían adelantados en la ciencia, allí el egoísmo de los que habian sabido hacerse suya una comunidad y temian perder una influencia que les proporcionaba autoridad y honores, mas allá la ignorancia y la estupidez producidas por la falta de ejercicios intelectuales, casi en todas partes el sensualismo y los vicios que habia ido desarrollando la sucesiva relajacion de la antigua disciplina. Acusábasele por algunos de fanático, menospreciábasele por otros á causa de su humilde figura y su mas sencillo porte, echábasele en cara por muchos que no conocia el mundo, cuando se proponia rejuvenecer lo ya caduco, reprendíasele por no pocos la inoportuna austeridad que afectaba en su trato y sus costumbres. La historia nos enseña cuánta sangre y sacrificios ha costado introducir en la humanidad cualquier clase de reformas; la mas sencilla ha traído consigo discordias, guerras encarnizadas, anarquía, crímenes funestos, cadalsos que han devorado generaciones, años y hasta siglos de horrores y padecimientos. Se han armado de todas armas los intereses amenazados, y han provocado combates, donde hemos visto levantarse triunfantes la crueldad y la perfidia; pueblos enteros, sumidos en la esclavitud y la miseria, han obedecido ciegamente á la voz de sus dueños y peleado contra los mismos que intentaban quizás romper sus hierros; las leyes, la ciencia tradicional, la religion, los hábitos de siglos han protestado á la vez contra los innovadores y los han condenado á los tormentos y á la muerte, cuando no han creído suficiente para combatirlos el sarcasmo ni el desprecio. ¡Ah! Es triste deber confesarlo, pero cierto: la humanidad, á pesar de su ley de progreso, tiene en sí una fuerza de inercia que solo pueden contrastar espectáculos sangrientos, hombres que se extienden con calma sobre el lecho del dolor y del martirio, sectas que arrostran impávidas los mas violentos sacrificios, pueblos que se arrojan indefensos contra las espadas de sus enemigos por sostener lo que el mundo llama, tal vez con desden, una quimera. La reforma de la órden del Carmen no debia alcanzar sino un determinado número de comunidades incapaces de apelar á la fuerza de las armas; mas era reforma, y bastaba para suscitar discordias. Desencadenáronse tambien en algunos puntos las pasiones; hubo parcialidades y bandos, hubo choques, y no siempre la virtud ni la razon pudieron cantar victoria. ¡Qué de veces no fueron empleados contra nuestro reformista el epigrama y la sátira! ¡Qué de veces no cayó sobre su frente el velo infernal de la calumnia! Sus mas inocentes acciones eran á menudo juzgadas con severidad y acrimonia, sus mas claras palabras eran viciosa é infamemente interpretadas.

JUAN DE LA CRUZ no contestaba á sus detractores sino con la imperturbable serenidad de su espíritu y su infatigable constancia en seguir el camino de la verdad y la justicia. En lugar de recomendarle á sí, hablaba de la Virgen, del cielo, del Dios que le inspiraba; en lugar de hacerse cargo de las injurias que recibia, hablaba de lo agradables que se hacian á los ojos del Señor los que, abjurando sus comodidades, recordaban la mística conducta de los fundadores y aceptaban el pensamiento de la Santa. Lleno de la importancia de su empresa, no procuraba sino encender en cada corazon un rayo de fe, en cada pecho una esperanza. «El alma, decia, está abatida y triste cuando atendemos solo al cuerpo; el vapor de los placeres la mancha y la confunde. Castigad el cuerpo y sentiréis el espíritu serenado y puro. Atravesaréis en sus alas el espacio y llegaréis al cielo. El manto que os encubre tantos misterios se rasgará á vuestros ojos, y comprenderéis lo que no habeis nunca comprendido; la Divinidad no será ya para vosotros un enigma. Gozaréis anticipadamente del paraíso, y cuando volvais las miradas á este bajo y miserable suelo, sabréis despreciar lo que tal vez amais ahora desde lo mas íntimo del alma. ¿Para qué quisisteis, además, dejar vuestros hogares y penetrar en las tristes y sepulcrales losas de este claustro? No bastan

las paredes del convento para separaros del mundo; estaréis en él mientras atendais, mas que al alma, á los sentidos.»

Desarmaba muchas veces con tanta mansedumbre á sus mayores enemigos, disipaba con pláticas tan espirituales borrascas espantosas. Su voz dulce y sonora, la candorosa expresion de su semblante, el entusiasmo con que hablaba, el tono profético con que vertia los conceptos mas sublimes, el recuerdo de sus rasgos de heroísmo y sus virtudes, todo contribuía á comunicar mayor fuerza á sus palabras y á dar eficacia á discursos que en otros labios hubieran sido incapaces de producir ningun efecto. Cuentan que al oírle los habia que se hincaban de rodillas, y confesándose pecadores, esperaban su bendicion como una bendicion del cielo; cuéntase que los habia mas ó menos rehacios que, dominados al fin por su elocuencia, le estrechaban la mano y le declaraban su patron y su guía en la oscura senda que habia de conducirles al sepulcro; cuentan de otros que, conmovidos y llenos de un ardiente celo, pedian que los pusiesen en las mas duras pruebas para acrisolar su fe dudosa y reparar sus extravíos; cuentan que hasta los hubo que se ofrecieron á vivir entre breñas y en desiertos, temiendo que ni con la austeridad que él proponia habian de purgar á los ojos de Dios sus graves y frecuentes culpas. Persuadia, movia, arrebatava cuando aun en medio del tumulto de las pasiones podia levantar la voz y hacer percibir el eco de sus inspirados pensamientos: era su lenguaje el lenguaje del corazon, y hallaba donde quiera corazones que se estremecian; era su lenguaje el lenguaje del alma, y hallaba donde quiera almas que se excitaban y ardian en el fuego del amor mas santo.

Era hombre JUAN DE LA CRUZ, y, como tal, no podia menos de sufrir al veralzada contra sí la ira de los impenitentes; mas no exhaló jamás un ¡ay!, no profirió siquiera la mas leve queja. Bendecia, á cada tormento que preveía, la mano del Señor que se lo enviaba; corria tras de los trabajos, y si alguna vez se entristecia, era mas por haberse desvanecido que por haberse acercado las nubes que habia distinguido en su horizonte preñadas de amargura. «Dios me considera débil, decia algunas veces; ¿cuándo será, Señor, que me veréis con fuerzas para apurar hasta las heces la copa de hiel en que bebisteis? Creía hoy ser mas feliz, decia otras; ¿cómo no habrá querido Dios que bajen sobre mi cabeza, y sí sobre la de mis hermanos, los tormentos que otros tantos sienten y rechazan?»

Fueron tantas las alternativas de gozo y de dolor por que hubo de pasar en su larga cruzada contra los enemigos de la reforma, que deberiamos detenernos mucho mas de lo que permiten la naturaleza y los límites de esta obra si quisiéramos detalladamente referirlos. Presentaron todos un mismo carácter, y es de suponer que aun el menos entendido lector los comprenderá en toda su extension y su valor, aunque en obsequio á la brevedad las omitamos.

Daba JUAN estrecha cuenta de todas ellas á la reformadora, la cual, en cambio, le participaba las que le ocurrían en sus largos y penosos trabajos por la misma causa. Instruíanse mutuamente y se prodigaban consuelos, recibiendo de ordinario el uno de la carta del otro tan grande alivio y contento, que aun en medio del mayor cúmulo de negocios no solian ver llegada la hora de comunicarse y escribirse. Reuníanse de vez en cuando, y se olvidaban, solo al verse, de todas sus vicisitudes y dolores.

Refiérennos ellos mismos lo que padecieron, por no saber uno de otro, todo el tiempo que estuvo preso JUAN en un convento de padres calzados de Toledo. Tenia JUAN su cárcel en una celda estrechísima y oscura, donde ni cabia leer por falta de luz, ni por falta de espacio revolverse; su carcelero, en un lego de mal corazon, ciego instrumento del odio y la venganza de sus enemigos; su mayor pena, en una no interrumpida serie de insultos que se le dirigian bajo el pretexto de ser inobediente, insultos que le llegaban mas al alma que las duras vejaciones y tormentos con que le castigaban. Efecto en gran parte del aire corrompido de su celda, y en mucha mas de su impaciencia, por no poder llevar á cabo la reforma, estaba ya á la vuelta de pocos meses tan abatido y triste, que no se sentia ni con fuerzas para alimentar su vida, que hubiera tal vez dejado extinguir á no impedirselo su deseo de padecer por Dios, y sobre todo, su firme intencion de proseguir, á pesar de todos los obstáculos, la obra á que habia dado principio con tan brillantes resultados. Sufria, como es de concebir, material y moralmente; mas lo que, segun él mismo, principalmente le afligia, era el recuerdo de la Santa, de quien temia no fuese al igual de él perseguida por los comisarios apostólicos y los padres observantes. «Soy hombre y podré sobrellevar la injusticia de los hombres, decia; mas ¿cómo no han de turbarla á ella, pobre y débil mujer, fatigas que casi exceden ya mi sufrimiento?»

Dejó la cárcel, según algunos, por intercesion y mandato de la Virgen, descolgándose desde una ventana muy alta á las margenes del Tajo. Saltó por un trascorral á la calle, y fué á acogerse por de pronto bajo la salvaguardia de un convento de monjas de su orden, donde le recibieron con un amor y una veneracion capaces de hacerle olvidar en un instante los dias de dolor y de tinieblas. Revivia por momentos, se animaba al ver en torno suyo seres que se interesaban por su suerte; mas, no bien se sentia con aliento para abrir sus labios, cuando preguntaba con fervor: «¿Y Teresa?» Debieron asegurarle repetidas veces que estaba en libertad y ajena de peligro: no se atrevia á creerlo; recelaba, creia que solo por aliviar algun tanto su amargura le engañaban. ¡Qué gozo el suyo cuando llegó á convencerse de que solo él habia sido victima de una persecucion tan infundada! «¡Gracias os sean dadas, Dios mio, exclamó con toda la efusion de su alma: descargad, como hasta aquí, sobre mi sola cabeza todo el peso de la cólera de nuestros enemigos.»

Hallábase ya algo repuesto de sus padecimientos en el convento de Toledo, cuando sus mismas protectoras tuvieron que avisarle del peligro que corria permaneciendo en la misma ciudad de su encarcelamiento. Merced á un canónigo que, sin conocerle, ardia por él en entusiasmo, trasladóse desde allí á los descalzos de Almodóvar, donde hallando no menos buena acogida y mas medios de defensa, descansó seguro de que pudiese alcanzarle la ira de los que tanto le odiaban por su eminente virtud y rígido ascetismo. Estaba allí obsequiado, querido, idolatrado por cuantos le rodeaban; mas no gozaba tanto, según él, por ver el amor que le tenian, como por saber á menudo de la Santa, cuyas cartas curaban como el mejor bálsamo sus mas hondas heridas, y renovaban como el mas espirituoso elixir sus depuradas y gastadas fuerzas.

Vivia tranquila y dulcemente en Almodóvar, todos le miraban como un padre, y no solicitaban de él sino que les vivificase con el calor de su palabra; mas á un hombre como JUAN DE LA CRUZ ¿podia esto inducirle á seguir por mucho tiempo bajo las bóvedas de tan silencioso y sosegado claustro? Hombres de su temple aborrecen la calma cuando ruge todavía en otros puntos la borrasca; hombres de su temple buscan y aman los trabajos; hombres de su temple van arrastrados siempre por su idea allí donde hay mas peligros y amenazan mas los sufrimientos. Los triunfos de la reforma estaban limitados á las dos Castillas; falta aun conquistar Andalucía, se dijo; y despidiéndose con un cariño mas que fraternal de los que tantos favores le habian dispensado, voló, lleno de nueva fe, al reino últimamente conquistado por la religion contra los arabes: al reino de Granada. «Parto á Granada, escribió entonces á la Santa, y parto con la completa esperanza de que vuestra palabra ha de cubrir de flores el Carmelo.»

No se engañó; pero cubrió el reino de flores y recogió tan solo espinas. Aunque no tuvo allí quien le encarcelara, vió caer uno tras otro sobre sí todos los disgustos de que hemos hecho mencion al hablar en general de sus trabajos de reforma. Calma y paz para sí no la halló nunca; no halló mas que nuevos motivos de pesar hasta en el ejercicio de los mismos cargos con que pretendieron honrarle y recompensar sus generosos servicios en favor del cristianismo.

Fué nombrado JUAN DE LA CRUZ en 1579 rector del colegio de Baeza, en 1581 prior del convento de Granada, en 1585 vicario general de Andalucía, en el capítulo general que celebró la Orden en Madrid, definidor primero; mas tarde, vicario de la casa de Segovia. Otros en su mismo tiempo se ensoberbecian con tan elevadas distinciones; él las evitaba, y solo se resolvía á aceptarlas considerando que se las enviaba Dios para poner mas á prueba su buen celo y en mayores riesgos sus virtudes. Rector, prior, vicario, definidor primero, siempre acreditó del mismo modo su humildad y su caridad cristianas. Ni codiciaba ni retenia; no se afanaba por atesorar riquezas en favor de la comunidad que gobernaba; no consentia que esta comunidad se mostrase avara de sus bienes bajo el fingido temor de no tener para mañana. Sostenia que era un sacrilegio no confiar en la providencia del Altísimo; y cuando amanecía sin pan que distribuir á sus hermanos, no se cansaba de bendecir y hacer bendecir á Dios porque les enviaba hambre con que acrisolar su amor á Jesucristo. Un dia, leemos en una de sus crónicas, entró la comunidad del Calvario en el refectorio y no encontró pan en las mesas, porque en la casa no lo habia. Buscó FRAY JUAN un mendrugo para bendecirlo, y habló luego de Dios cosas tan altas, que todos volvieron á las celdas mas que satisfechos de su profunda y fervorosa plática. Entráronle en esto una carta; la leyó, y derramó, sin poderse contener, algunas lágrimas. «¿Llorais, padre? Por qué llorais?» le preguntó el portero conmovido; y él, «lloro, respondió, porque nos tiene Dios por tan ruines, que no nos cree siquiera capaces de conllevar la abstinencia de este dia. Vé y recoge el pan y la harina que nos ha venido en dos cabalgaduras.»

Unia, además, á esta caridad una pureza que, según cuentan, rayaba en lo admirable. Dicen si una noche, estando en casa de un seglar, se vió acometido por una mujer de rara hermosura, abrasada en sensualismo; la miró, le dirigió palabras que reunian tanta severidad como dulzura, y despidió compungida y llena de castidad á la que ardia poco há en la llama de la voluptuosidad y se hubiera arrojado desenfrenadamente á la lascivia. Herido por la peste en Granada, añaden, no sintió tanto su enfermedad por los dolores que padecia, como por considerar que habia de curar sus landres una mano ajena. «Enviadme otros males, decia cándidamente al Señor, males mucho mayores, con tal que en ellos mi castidad no sufra.»

Puro, abrasado de amor, concentrado en Dios, por quien solo vivia, ¿qué podia ser ya mas que un espíritu emancipado de toda servidumbre, ante el cual estuviese rasgado el velo de lo pasado y lo futuro? Distraen los sentidos el alma, y la limitan al mezquino conocimiento de los seres fenomenales; mas cuando, lejos de que los sentidos den la ley al espíritu, el espíritu los sujeta reduciéndolos á la inaccion, ó cuando menos al silencio, ¿qué no ha de alcanzar el hombre? ¿Qué muros han de existir que no quebrante? ¿Qué altura á que no se eleve? ¿Qué profundidad que no sondee y reconozca? Refiérese que leia JUAN en las almas de los que comunicaban con él, como hubiera podido leer en las páginas de un libro; que cruzaba los nebulosos mares de los tiempos, y descubria los espectros de los que fueron junto á las sombras de los que han de ser mañana; que atravesaba el espacio, levantábase sobre él, y veia en toda su majestad y grandeza el reino de los cielos. «Distingo en mi alma, decia él mismo en una carta, las almas de los que mas amo; me miro en Jesucristo, y veo en él reflejadas todas las criaturas.» «Me ocultais faltas muy graves, exclamaba otras con sorpresa de sus fieles; ¿ignorais acaso que vuestras almas forman parte de la mia? Vosotros y yo somos seres distintos en el mundo; en Dios, nuestro origen comun, somos un solo ser y vivimos de una misma vida.» «¡Pobre mujer! Dijo un dia oyendo á una religiosa que gozaba de gran fama por su discrecion y su talento, creará que habla en ella Dios, y habla el pecado.»

Comunicaba á su espíritu tanto y tan gran poder, no solo el amor, sino su constante práctica de atormentar el cuerpo. Vestia de continuo los mas ásperos silicios, guardaba los mas rigurosos ayunos, macerábase frecuentemente, invertia lo mas del tiempo en la oracion, empleaba en la lectura hasta las horas que reclama el sueño para nuestro descanso y la necesaria reparacion de nuestras fuerzas. No dormia de ordinario sino dos horas, y aun estas teniendo por todo lecho el suelo, por toda cabecera una piedra, por todo abrigo sus pobres y humildísimos sayales. De aquello que mas apetecia se privaba; de lo que mas queria en el fondo de su alma, de aquello se apartaba y sin cesar huia. Trocaba siempre con gusto los placeres por los trabajos, el ocio por la fatiga, la tranquilidad por la lucha, el descansado condescender por el fatigoso censurar, la muerte por la vida. Fué un dia, merced á su mejor triunfo sobre un alma entregada á los deleites mundanales, objeto de una venganza inicua: fué ultrajado, apaleado, pisoteado, abandonado en medio del arroyo á la caridad y á la vergüenza. Preguntábanle á poco por su salud cuantos habian sabido su desgracia, y se compadecian; y él, «dejad á un lado toda misericordia, dijo al punto; no merece bien de Dios el que en estos tormentos no muestra ánimo levantado y corazon alegre. ¡Dios de los cielos! exclamó, gracias os sean dadas porque así distinguis á vuestro siervo.»

Pedíale al fin de su vida á Dios solo trabajos. «No deseo, decia, sino que la muerte me encuentre en un lugar apartado de todo trato humano, sin hermanos que dirigir, sin placer de que gozar, sin pena ni dolor de que esté exento. Quisiera que Dios probara mi humildad como súbdito, ya que tanto ha probado mi firmeza de carácter como guardador de viña ajena; quisiera que me probara en la enfermedad como me ha probado en mi salud y en el completo goce de mis fuerzas; quisiera que me probara en la calumnia, como me ha probado hasta ahora en la buena fama de que he disfrutado hasta en medio de las injurias de mis enemigos. Señor, Señor, dignaos coronar con el martirio la frente de este servidor indigno.»

No tardó, desgraciada ó afortunadamente, en ver colmados pronto sus singularísimos deseos. Celebró la Orden otro capítulo general, y fué relevado de su cargo; retiróse al desierto de la Peñuela, y fué á alcanzarle hasta en aquellos tristes y solitarios montes la calumnia; hirióle Dios con su mano en una pierna y le obligó á bajar á Úbeda, donde murió, mas agoviado por la miseria de la casa en que vivia, que abatido por el dolor de sus terribles úlceras. Está el desierto de la Peñuela en un lugar de Sierra-Morena que distará de Úbeda y Baeza sobre cinco leguas; sendas ásperas y abiertas entre breñas conducen hasta él, precipicios y abismos le rodean. Colocado

allí JUAN DE LA CRUZ, no se acordaba sino de orar, de descubrir en el seno de la naturaleza al Criador del mundo, de acompañar con himnos de gloria el canto de las aves, el susurro de las brisas y el dulce murmurar de los arroyos. Cuando no oraba, escribía; pero siempre sobre asuntos espirituales, sobre coloquios místicos entre el alma y Dios, fuente, según él, de donde emanan todos los espíritus: ¡Qué vida entonces la suya! Gozaba JUAN y explayábase ante aquella melancólica soledad y apartamiento; mas otro que no hubiera tenido su valor lo hubiera considerado indudablemente como el mayor castigo y la proserpción mas dura.

Seguía JUAN DE LA CRUZ tranquilo y feliz en este desierto, cuando un hecho en que no tuvo ni pudo tener parte, fué á turbar inesperadamente su paz y su envidiada calma. Algunos sacerdotes extraños á la Orden, movidos al parecer por algunas religiosas mal avenidas con el rigorismo de la nueva regla, trataron de sustraer los conventos á la sujecion de sus preladados naturales. Dirigiéronse al Pontífice, alcanzaron en favor de las monjas un breve que limitaba mucho las facultades de sus gobernadores, y resucitaron con esto discordias mal apagadas, que hubieran podido producir tristes efectos. Deseosas las monjas, por una parte, de cohonestar su proceder y cubrir mas sus verdaderos fines, por otra, de inutilizar de una vez para siempre los cargos que, con razon ó sin razon, las dirigian, acordaron hacer recaer la primera eleccion en el que mejor habia secundado los deseos de la reformadora, y mas rigido se mostraba en observar su disciplina. Cumplióse con el acuerdo, y fué nombrado JUAN: hecho que dió al instante lugar á que sus enemigos, no solo le atribuyesen una participacion directa en el negocio, sino que hasta supusiesen, contra lo que les dictaba la razon y la conciencia, que él era quien habia iniciado y hecho resolver la cuestion, con el objeto de alcanzar una completa soberania sobre todos los conventos de religiosas carmelitas.

Habiase ya en otras ocasiones, como llevamos dicho, levantado la voz contra nuestro ilustre sacerdote; mas nunca como entonces, en que habia, cuando menos, apariencias de que fuesen verdaderas las acusaciones. Suponíase una ambicion desmedida, una codicia sórdida, una envidia rastrera, un deseo de medrar y aparecer sobre todas las grandes sumidades de su época, mas que para alcanzarlo debiera pasar sobre las ruinas de hombres que valian mas que él en virtudes, en religion, en ciencia. Decian que se proponia hacer enteramente suyo, y convertir en provecho enteramente propio, la grande obra de la insigne Santa; decian que habia apelado para ello hasta á la injuria y al soborno. Los que mas odio le profesaban, se adelantaban aun á mas: hablaban de su incontinencia, ponian en duda su acendrada fe, sostenian que era todo en él hipocresia. No denunciaban unos una falta, cuando otros ya la confirmaban; y otros, mas diestros aun, la repetian en voz alta y sin vacilar, para que los que dudasen lo creyesen, y la voz universal cerrase el paso á toda clase de defensa.

Es triste, es doloroso ver así juzgado y calumniado á un hombre; mas ¿creeis que se quejaba el Santo? «Las olas de la calumnia, decia, baten hoy mi rostro, pero no le manchan ni conturban. Jesucristo fué calumniado tambien; y ¿qué? ¿No han sobrevivido acaso á la calumnia la fama de su virtud y su doctrina? Tengo tranquila mi conciencia, mi esperanza en Dios, y sé de cierto que las aguas que hoy me azotan pasarán mañana sobre mi cabeza sin alcanzar mi frente. ¡Bendito seais, Señor, que así me sujetais á duras pruebas! Os importuno con mis ruegos, y me ois; ¿qué mas puedo exigir ya de vuestra infinita bondad para conmigo? Dadme, Señor, una enfermedad lenta y una muerte trabajosa, llenad hasta el colmo la copa de mis sufrimientos, y dejaré el alma, seguro de haberla depurado en el fuego de lo que son, solo para el cuerpo, desventuras.»

Oyóse de nuevo Dios, y le inflamó una pierna, cubriéndole á los pocos dias de llagas asquerosas. Quiso el incontrastable reformador ser por algun tiempo mas fuerte que el mal, pero no pudo. Lleno de dolores, que hubieran parecido á hombres de escasa fe poco menos que insufribles, tuvo al fin que sucumbir aceptando la inaccion, la postracion, la cama. Se acostó... y se acostó para no levantarse mas: la enfermedad era de muerte. Quisieron, al saberlo, trasladarle al colegio de Baeza, que él mismo habia fundado; mas no consintió sino en que le llevasen á Úbeda, donde el padre provincial habia dispuesto que fuesen recogidos los enfermos de Peñuela. «El primer deber de un anacoreta, dijo, es la obediencia: si hoy se quebrantase para mí la orden, no seria justo que la guardasen para los demás mañana. Decis que la casa de Úbeda es pobre y que tendré allí poco regalo; ¿han de buscar el regalo los que libre y espontáneamente se han hecho siervos de Dios?»

Estuvo en Úbeda todo lo que duró su enfermedad, sobre tres ó cuatro meses. Sufrió; mas no se le oyó nunca ni un suspiro. Cuantos le veian quedaban admirados de su serenidad y su dulzura. Resplandecia en él, á pesar de la mortal palidez de su semblante, su alegría interior y su pureza; observábase en él, á pesar de las profundas huellas dejadas por el dolor y la amargura, atormentado el cuerpo, gozosa y tranquila el alma. Enterábase á menudo del estado de la casa, de los fondos que contaba, del material que tenia, de las esperanzas que abrigaba; manifestaba cómo, á su modo de ver, podia realizársela y cubrir sus atenciones; dictaba órdenes, daba consejos, escribía súplicas, trabajaba cuanto le era dable para mejorarla y levantarla de su abatimiento. «No lo siento por mí, exclamaba; mas si por vosotros, para quienes ha de ser un tormento no poder aliviár el mal ni prodigar consuelos á los que son vuestros hermanos. ¿Qué le hemos de hacer? Alabado sea el Señor, que así nos recompensa á todos: á nosotros enviándonos la enfermedad, á vosotros negándoos el placer de darnos el remedio. ¡Si Dios quisiera sacarme con bien de este grave apuro en que me ha puesto!... Mas distingo ya entre sueños la sombra de la muerte, y conozco que voy á dejaros. ¡Quiera Dios que pueda volar de aquí á sus brazos! Angeles que guardais la entrada del Paraíso, ¿no me abris aun las puertas?»

Llegado su último dia, cuentan que vió entre nubes un arcángel con una grande aureola y grandes alas de oro, que, después de haber bajado hasta los piés de su pobre y humilde lecho, alzó la voz y dijo: «Oye y regocíjate, FRAY JUAN; el Señor ha ordenado que abras hoy por última vez tus ojos entre las tinieblas de este mundo. Vas á morir, vas á subir en alas de mis hermanos los espíritus al cielo. Prepárate y no temas: á la primera campanada de maitines volarás ya á las regiones de la luz, donde la inagotable claridad de Dios hace eterno el dia. Coros de ángeles y de serafines, apóstoles, mártires, patriarcas, profetas, todos los que viven en el Señor te aguardan: vé y recibe la corona debida á tu fe, la corona debida á tus incesantes sufrimientos.»

Quiso contestar al arcángel; mas el gozo anudó su voz en la garganta. Algo repuesto ya, pidió los sacramentos. Confesó, comulgó, recibió la uncion, y participó luego á todos la hora de su muerte. Llamó á poco al prior, y le pidió perdon por lo molesto que podia haberle sido mientras estaba enfermo. «No deseo ya de vos, le dijo, sino un hábito con que sepultar mi cadáver. Orad y haced orar por mí, le añadió al despedirle; guardadme en la memoria.»

Calló y quedó sumergido en una meditacion profunda. Penetraron muchos en su aposento, deseosos de verle y dirigirle palabras de amor y de consuelo; mas ni los vió ni los oyó, y siguió horas enteras en silencio. Interrumpiólo de tarde en tarde preguntando por la hora; pero solo por cortos instantes, por segundos. No salió de su aparente letargo hasta que oyó las once. «Falta ya solo una hora, exclamó entonces gravemente conmovido; venid y rodeadme, hermanos míos: os he amado, os amo y quiero espirar entre vosotros. Si en algo os he ofendido, perdonadme; el dolor puede haberme arrancado palabras para vosotros duras. Ignoro si habré merecido por completo la gracia del Señor; mas pongo en este momento supremo la mano sobre el corazon, y mi corazon está tranquilo; interrogo mi conciencia, y mi conciencia sigue muda. Mi ignorancia, el mundo, las pérdidas instigaciones de espíritus rebeldes pueden, sin embargo, haberme desviado, sin sentirlo, del camino de perfeccion que he creído seguir toda mi vida. ¡Vuestra cordial bendicion, padre del alma! Vuestra oracion, hermanos!»

Rodeó la comunidad su cama, y empezó á orar. Mas de veinte velas alumbraban la estancia; las bóvedas retumbaban solemnemente al eco de los salmos. FRAY JUAN se incorporó, y rezó con los que á la sazón rezaban.

Adelantóse, luego de concluidas las preces, el padre provincial, y le dió la bendicion en nombre de ese Dios bajo cuya ley moria. Dobló JUAN la cabeza, pronunció marcada y lentamente las palabras de Jesucristo: *Domine, spiritum meum in manus tuas commendo*, y espiró con la tranquilidad con que un niño entrega al sueño sus dulces ojos, de mirar cansados. Sonó en esto el primer golpe de las doce, la primera campanada de maitines.

Bañóse entonces la estancia, dicen las crónicas del Santo, de una luz resplandeciente y pura, que oscureció la de las velas, y circundó como una corona la frente del difunto; despidió el cadáver un olor suave, que dejó embargados y suspensos los sentidos; acaecieron en el exterior hechos maravillosos, que no pudieron explicarse sin suponer que hubiese mediado en ellos el alma de FRAY JUAN al remontarse al cielo. Ignoramos hasta dónde sean dignas de crédito estas y otras aventuras aserciones, hijas tal vez del respeto y entusiasmo que ya en vida sabia infundir el reformador de Hontiveros; mas prueban siempre cuánta no habia de ser la virtud del que